CAPTURA DEL REY LUIS DE FRANCIA

Luis IX, uno de los más nobles reyes franceses, capitaneó un gran ejército enviado a Tierra Santa, y aunque este luchó valerosamente, fué derrotado y hecho cautivo su rey. Este cuadro, que figura en el Panteón de París, muestra al rey prisionero: su rescate costó miles de libras tornesas. Después de regresar a Francia, tomó parte en otra Cruzada, pero murió antes de llegar a Tierra Santa.

Hombres y mujeres célebres

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

He aquí la historia de algunos hombres que hace ocho siglos « tomaron la Cruz », según se decía, para pelear contra los sarracenos en Tierra Santa. Llamáronse *Cruzados*, ya porque llevaban la cruz en la vestidura, como signo de su fe y del juramento que habían hecho, ya también porque iban a pelear por la Cruz contra la Media Luna, que era la divisa de los mahometanos. Cada cual dejó animoso su patria después de haber jurado combatir para rescatar del poder de los turcos el Santo Sepulcro, en donde había estado depositado el cuerpo del Salvador. Muchos fueron los que juzgaron que era obligación de todo buen caballero el tomar la Cruz, y se persuadieron de que no podía haber muerte mejor, que la del que pereciese con la espada en la mano luchando con los infieles. Si hoy en alguna iglesia de Europa, vemos una tumba con la efigie yacente de un caballero armado de todas armas y con las piernas en cruz, podemos dar por seguro que fué uno de los que tomaron parte en las Cruzadas, porque este cruzamiento de los pies se tomó como señal de Cruzado.

LOS CRUZADOS

ANTIGUAMENTE estaban muy en boga las peregrinaciones, es decir, que acostumbraba la gente emprender largos viajes a fin de visitar los lugares sagrados que existen en el mundo, entendiendo por tales aquellos en que vivieron los santos o bien donde murió algun mártir, o se conserva en ellos su sepulcro.

Abonaban esta costumbre muchas razones. En primer lugar, la visita a estos sitios ayuda al visitante a pensar en los santos y mártires, cuya memoria evocan, y a esforzarse por vivir como ellos vivieron. Pero, además, era entonces común la creencia de que los santos oían más pronto que en parte alguna las oraciones que se les dirigían en esos lugares dedicados a su eterno recuerdo, esto es, considerados como cosa aparte y cual si les perteneciesen a ellos para siempre: y aceptábase también como doctrina corriente la afirmación de que tomar parte en tales peregrinaciones constituía un acto de virtud, con el cual podían los pecadores expiar las culpas de que se habían ya arrepentido: cuanto más dificultosa fuese la jornada, cuantos más peligros, penas y trabajos tuviese el peregrino que padecer en su ruta, tanto más completa sería la expiación: y asimismo cuanto más sagrado era el lugar adonde había que ir tanto mayor era el mérito contraído al visitarlo.

Ahora bien, de todos los lugares sagrados los más santos están en la Palestina: son los que holló con sus divinas plantas el Redentor del mundo; el monte donde fué crucificado; el sitio en donde se le enterró y que abandonó triunfante el día de su resurección milagrosa. Por eso la peregrinación más estimada de todas era la de Tierra Santa, aun sin contar con que, estando la Palestina muy distante del centro del cristianismo, el viaje era largo y difícil, y esto era una razón más en favor suyo.

Durante algunos siglos, Tierra Santa formó parte del imperio romano o bizantino, de suerte que eran cristianos sus dueños. Pero luego surgió de entre los árabes, Mahoma, que predicó una nueva religión y se dió a sí mismo el dictado de profeta de Alá, el Dios más alto: bautizóse esta nueva doctrina con el nombre de Islamismo, y se dió a sus secuaces el de mahometanos o musulmanes. Pues bien: estos musulmanes conquistaron el Egipto, la Palestina, y gran parte del Occidente del Asia, que había pertenecido al imperio bizantino, con lo cual la Palestina desde entonces formó parte del imperio sarraceno.

Al principio los nuevos dominadores no trataron mal a los cristianos, y les permitieron visitar la Tierra Santa como antes, mediante el pago de un tributo.

Pero pronto los turcos, que desde Oriente habíanse corrido al Asia Occidental y no tardaron en abrazar la religión del Islam, llegaron a ser la raza más poderosa de cuantas poblaban el imperio sarraceno; así que tuvieron en sus manos el gobierno de la Palestina, comenzaron a tratar a los cristianos con

tanta creldad, que los que se aventuraban a ir a los Santos Lugares estaban casi seguros de padecer el martirio y la pérdida de la vida durante su peregrinación.

El Papa Urbano II predicando la primera Cruzada. Reunió un concilio de obispos, príncipes y nobles en Clermont, y predicó entre ellos y los suyos, exhortándolos a ir a la guerra santa. Cuando hubo terminado, gritaron todos: « ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! »

LOS HOMBRES QUE INCITARON AL PUEBLO A HACER LA GUERRA SANTA

Aun cuando antes que llegasen las cosas a tal extremo nunca faltaron hombres, para quienes era sumamente vergonzoso el hecho de que la tierra en que Jesús había vivido estuviese en manos de infieles; con todo, mientras los musulmanes no trataron con dureza a los cristianos y les permitieron hacer en paz sus peregrinaciones, no intentaron las naciones de Occidente entrar en guerra con ellos, precisamente para ayudar al emperador de Bizancio a reconquistar los territorios perdidos. Mas a la sazón las cosas habían experimentado un cambio notable.

El primero que trató de persuadir a los pueblos de la cristiandad a que se uniesen, con el fin de restaurar el dominio cristiano en Tierra Santa, fué el gran Pontífice Gregorio VII. Fracasaron sus gestiones, pero trás él ocupó el solio pontificio Urbano II, que ardía en un celo extraordinario por la santa causa, y tuvo como auxiliar poderosísimo a un elocuente y fervoroso predicador, llamado Pedro *el Ermitaño*. Habiendo estado éste en Tierra Santa, con sus propios ojos fué allí testigo de las crueldades que cometían los turcos con los cristianos: por eso, cuando de regreso se presentó al Papa, y enardecido, le explicó lo que había visto, Urbano le ordenó que fuese a predicar todas aquellas cosas por el mundo. Visitó, pues, las grandes ciudades, caballero en un asno, llevando ante él un gran crucifijo, y sus predicaciones conmovieron el corazón de cuantos le oyeron. Reuníanse inmensas muchedumbres para escuchar sus ardorosas palabras, y, cuando les dijo que podrían hacer una grande obra por Jesucristo, marchando a rescatar su sepulcro de manos de los infieles, y que con ello alcanzarían el perdón de sus pecados y la salvación eterna, se produjo en las turbas un arrebato de entusiasmo. Entonces congregó Urbano un gran concilio de obispos, príncipes y nobles, en donde todos ellos pusiesen fin a sus diferencias, y a la vez estudiasen el medio de rescatar del poder de los turcos los Santos Lugares. La muchedumbre

que se reunió en Clermont, en donde había de celebrarse el concilio, fué inmensa. Pusiéronse primero de acuerdo los príncipes, y luego salió el Papa y predicó a las masas, exhortándolas a que tomasen la Cruz y se alistaran para la Guerra Santa. Apenas hubo terminado, un grito escapado de todos los pechos, atronó el espacio: «¡Dios lo quiere!» «¡Dios lo quiere!» Muchos nobles y caballeros solicitaron ser admitidos en el ejército cristiano que se reunía para reconquistar el Santo Sepulgro, bajo el mando de Raimundo, el gran conde de Tolosa: pero antes que estuviese reunido el ejército, para lo cual se necesitaba no poca preparación, los impacientes que constituían una legión formidable, pidieron a gritos que Pedro *el Ermitaño los* condujera sin más tardanza a luchar con los infieles; y puesto que al frente de tan singular hueste era preciso que fuese no sólo un ermitaño, sino tambien un militar, proclamaron jefe a un caballero llamado Gualterio *Sans Avoir*.

Partieron los Cruzados, no como un ejército, sino como una muchedumbre indisciplinada, ignorante, que marchaba sin orden ni concierto, convencida de que, puesto que iba a Tierra Santa, podía hacer en el camino cuanto se le antojase. En efecto, por doquiera que pasaban hicieron tanto daño que los pueblos se levantaron contra ellos, llevados del natural sentimiento de legítima defensa: y el resultado fué que de aquella enorme turba sólo la décima parte llegó al Asia y en tan malas condiciones, que, sin gran dificultad, fueron los expedicionarios completamente vencidos por los sarracenos, a excepción de unos pocos, entre ellos Pedro *el Ermitaño*, que lograron escapar a Bizancio (nombre que también se daba a Constantinopla). Mientras tanto, el ejército que habían reunido los príncipes y los nobles marchaba en muy diferentes condiciones. Habíanse alistado en él muchos guerreros de fama: Raimundo de Tolosa, noble varón cuyo poder era mayor que el de muchos reyes: Tancredo, flor de la caballería, cuyas hazañas cantó más tarde el célebre poeta italiano, Tasso: Godofredo de Bouillón, el más noble de todos, con sus hermanos Balduino y Eustaquio de Boloña: Bohemundo de Tarento, caballero normando, cuyo padre, Roberto Guiscardo, había



Ricardo *Corazón de León* fué el caballero más fuerte y el guerrero más audaz de su tiempo. Condujo un gran ejército a Tierra Santa, y tomó la ciudad de San Juan de Acre a los turcos. El grabado le muestra en la proa de su buque entrando en Jaffa. Luchó muchas veces, y alcanzó no pocas victorias sobre Saladino, el famoso caudillo sarraceno.

fundado un reino en el Sur de Italia: Roberto, duque de Normandía, primogénito de Guillermo *el Conquistador*, cuyo hermano, Guillermo Rufo, era rey de Inglaterra. A fin de disponer de dinero para equipar sus tropas, Roberto empeñó su ducado y lo dió en prenda a su hermano, recibiendo por él una fuerte suma en metálico.

Para pasar al Asia, el ejército tenía que atravesar territorios del imperio bizantino, cuyo emperador mandaba en Constantinopla; y aunque éste veía con malos ojos la marcha de aquellas huestes, cuyo propósito no era devolverle las tierras por él perdidas, sino arrojar de ellas a los turcos y fundar allí un nuevo reino cristiano, se alegró cuando supo que, por fin, habían atravesado el Bósforo y pisaban el suelo de Asia. Mucho tenían que andar todavía y muchas y terribles batallas librarían con los turcos, antes que llegasen a Jerusalén.

LOS CRUZADOS SE POSTRAN DE RODILLAS ANTE JERUSALÉN

La más terrible de aquellas batallas fué la larga lucha en la ciudad de Antioquía, de que los cruzados creyeron indispensable apoderarse. El ejército cristiano carecía de habilidad en el arte del asedio, y, por otra parte, los turcos defendieron la ciudad vigorosamente. El sitio duró mucho tiempo y dió ocasión a que realizaran atrevidísimas hazañas Godofredo de Bouillón y el normando Roberto. Con todo, al fin, gracias a un traidor de la ciudad, que propuso un plan para que entrasen en ella Bohemundo de Tarento con sus caballeros, cayó ésta en poder de los cristianos. Pero todavía se resistió la ciudadela, y como llegasen refuerzos a los turcos, el ejército sitiador de la fortaleza quedó sitiado en la ciudad. Por último, los cristianos hicieron una salida y libraron otra gran batalla que determinó la derrota de los turcos, y fué causa de la rendición de la ciudadela. Conquistada Antioquía, quedó en ella como dueño y señor, Bohemundo, y el ejército cruzado prosiguió su marcha sobre Jerusalén.

Al llegar a la vista de la Ciudad Santa, los cruzados se postraron de rodillas dando gracias a Dios por haberles concedido, al fin, lo que tanto deseaban, y se dispusieron a tomarla por asalto, puesto que la ciudad era muy fuerte y se preparaba bien para resistirles.

LOS CRUZADOS RECHAZAN A LOS TURCOS Y CONQUISTAN A JERUSALÉN

Al principio, a pesar de la furia del ataque, los cruzados fueron rechazados, y esto les enseñó que el valor sin táctica, no les permitiría nunca entrar en la ciudad. Construyeron, pues, máquinas de guerra propias para rendirla, arietes y catapultas, capaces de arrojar piedras enormes, pues en aquellos tiempos no se había inventado aún la polvora. Al fin, después de muchos días, durante los cuales tuvieron que padecer no poco a causa de la sed, renovaron la embestida. Pelearon durante todo el día, y nuevamente fueron rechazados por los sarracenos: mas volvieron al ataque el día siguiente. Dícese que en los más recio de la pelea, vió Godofredo en el monte Olivete un caballero que agitaba en el aire un escudo brillante. «¡Mirad!—exclamó el caudillo cristiano—¡San Jorge ha venido en nuestra ayuda!» A estas inspiradas palabras reaccionó el valor de los cristianos, y al fin lograron escalar las murallas. El primero en llegar a la cima fué Letoldo de Tournay y el tercero Godofredo de Bouillón. Batieron a los turcos, y Jerusalén quedó en poder de los que luchaban por la santa causa.

La matanza fué terrible y cruel, pues entre los vencedores, dejando aparte a Tancredo, fueron muy pocos los que no creyeron cosa justa matar sin perdonar a nadie, como lo hicieron antiguamente los israelitas con los cananeos. Pero después de la matanza, se encaminaron al Santo Sepulcro para orar y humillarse, y a continuación honraron al promotor de la gran empresa, a Pedro *el Ermitaño*, de quien nada más volvemos a saber ya en adelante.

GODOFREDO DE BOUILLÓN PUDO HABER SIDO REY DE JERUSALÉN

Reunidos en consejo los jefes cristianos, ofrecieron la corona del reino de Jerusalén a Godofredo de Bouillón el más digno de todos, aunque la habrían

dado gustosos al Duque Roberto, si éste la hubiese aceptado. Pero, si bien Godofredo no declinó tal honor, de ningún modo quiso ceñir corona de rey en la ciudad en que el Rey de los cielos llevó corona de espinas: y así se le dió sólo el título de Barón y Defensor del Santo Sepulcro. Entonces fijó su residencia en Jerusalén y derrotó a las huestes sarracenas que fueron contra él: pero poco tiempo saboreó su triunfo, pues murió al año siguiente, después de haber dictado algunas leyes beneficiosas para su nuevo reino. Godofredo de Bouillón era hombre prudente, valeroso, justo, honrado, y que a nadie temía sino a Dios.

A otros caballeros se les dieron diferentes señoríos: como el de Antioquía a Bohemundo, en cuya ausencia Tancredo gobernó bien y con prudencia, y el de Edesa, a Balduino, hermano de Godofredo, que al morir éste fué rey de Jerusalén. Balduino reinó diez y ocho años, y a él le sucedió otro Balduino, no hijo suyo, pero sí pariente. Ambos Balduinos agregaron nuevos territorios y ciudades a su reino, que se denominó « Reino Latino »: una de estas ciudades fué Tiro. Por entonces se fundaron las dos grandes órdenes de caballeros Templarios y Hospitalarios, o caballeros de San Juan, que se consagraron con voto a pelear como soldados de la Cruz, y, no obstante su carácter guerrero, a profesar pobreza y castidad, como monjes: entre ellos hubo muchos y valientes soldados. A Balduino II sucedió Fulques de Anjou, y a éste su hijo Balduino III, durante cuyo reinado los turcos reconquistaron a Edesa.

Mientras tanto, acudían a Jerusalén los peregrinos y habían ido a la Palestina muchos caballeros para pelear a favor del reino cristiano contra los infieles: todos ellos recibieron también el nombre de cruzados. Pero con motivo de la toma de Edesa, volvió a organizarse otro gran ejército contra los sarracenos; ésta fué la segunda cruzada.

SAN BERNARDO; CÓMO SE SUSCITÓ LA SEGUNDA CRUZADA

El hombre que animó entonces a los príncipes de la cristiandad a tomar parte en la guerra, fué Bernardo de Claraval, varón sabio y elocuente y en gran manera celoso. Pero si bien Conrado III, emperador de Alemania, y Luis VII de Francia tomaron parte en la cruzada al frente de un gran ejército, con todo, a causa de la división de los pareceres, y, lo que es peor, debido a lamentables traiciones, no dió ningún buen resultado este esfuerzo.

Celosos unos de otros algunos grandes señores, dieron adrede falsas instrucciones, y así, cuando los cristianos presentaron batalla, fueron derrotados por los turcos. Bernardo sostuvo que, si el ejército había sido vencido, culpables eran de ello los que propusieron otro fin que la gloria divina, por lo cual Dios no quiso concederles la victoria. En esto el santo juzgaba discretamente. Es muy posible que si él mismo hubiera ido con los cruzados, los habría animado y comunicado un espíritu más noble.

A pesar de todo, aunque la cruzada no tuvo buen resultado y Edesa hubo de darse por perdida, Balduino de Jerusalén defendió su reino contra los turcos, y aun conquistó la ciudad de Ascalón. Pero avecinábanse para la cristiandad días muy tristes, porque por este tiempo surgió en Egipto, país dominado por los sarracenos, un joven a quien los cristianos llamaron Saladino, y que nombrado gran visir o primer ministro del Sultán de Egipto, se alzó en breve no sólo con el dominio de este último país, sino con el de Siria. Todos los historiadores convienen en alabar a Saladino, como gobernante sabio y justo y valiente y galante caballero, a pesar de ser musulmán.

MISERICORDIA DE SALADINO AL CAER SOBRE JERUSALÉN

En efecto, no ya Saladino, sino también todos los grandes caudillos musulmanes, dieron pruebas de competir en caballerosidad con los cristianos. Pero mientras el muslime aumentaba su poder, murió Balduino III, y trás de él otros dos reyes del mismo nombre que le sucedieron. Subió luego al trono de Jerusalén, Guido de Lusiñán, contra

quien se presentó Saladino con un gran ejército, dispuesto a reconquistar la Palestina. Vencido Lusiñán en Tiberíades y hecho prisionero, fueron cayendo una tras otra en poder de su enemigo las ciudades de la Palestina, a excepción de Tiro, donde se resistió vigorosamente Conrado de Monferrato, y de la misma capital. Respecto a ésta ofreció Saladino condiciones muy generosas si la plaza se entregaba: y, aunque al principio resistióse la ciudad, poco después, y como él prometiera tratar con misericordia a los habitantes y no causar ningún daño, se entregó Jerusalén.

Con este rasgo mostró Saladino tanta generosidad, como extraordinaria había sido la crueldad con que se condujeron los cruzados al apoderarse ellos de la Ciudad Santa.

LA TERCERA CRUZADA CON LA QUE MARCHARON A TIERRA SANTA PRÍNCIPES Y REYES

Tan pronto como se supo en Occidente que Jerusalén había caído de nuevo en manos de los turcos, se organizó la tercera Cruzada, en la cual tomaron parte príncipes y reyes. Eran entre éstos los más notables, el joven Felipe Augusto, rey de Francia, y Ricardo, que a la sazón era heredero del trono de Inglaterra, y mientras se llevaban a cabo los preparativos de la Cruzada, llegó a ser rey con el nombre de Ricardo I y el sobrenombre de *Corazón de León*, con el cual, gracias a su vigor y a su audacia, es conocido en la Historia. Pero aun más célebre y poderoso que los reyes de Francia e Inglaterra, era el emperador de Alemania, Federico, llamado *Barbarroja*, a causa del color de su barba.

Mientras los demás nobles y reyes dirimían sus contiendas o se preparaban para esa tercera Cruzada, marchó Federico por tierra al frente de un poderoso ejército, pasó el Asia por Constantinopla, y todo daba a entender que Saladino tendría que habérselas con un temible adversario, cuando *Barbarrója* murió de súbito, ahora ahogado al pasar el río, según dicen algunos, ahora sucumbiese a la violencia de una enfermedad aguda contraída al bañarse en él, y la mayor parte de su ejército pereció miserablemente, si bien algunos esforzados llegaron a Antioquía y la reconquistaron.

Por este tiempo, mientras Ricardo *Corazón de León* se detenía en Sicilia, Felipe de Francia y la mayor parte del ejército, llegaron por mar a la Palestina y se encaminaron a sitiar la fortaleza de San Juan de Acre, en donde los encontró Ricardo más atentos a la cuestión de si debía ser rey de Jerusalén Conrado de Monferrato o Guido de Lusiñán, que a luchar con los sarracenos.

CÓMO RICARDO *CORAZÓN DE LEÓN* OCULTÓ SU ROSTRO A LA VISTA DE JERUSALÉN

Así y todo, aunque los reyes y los nobles cristianos se dividieron a favor de Conrado o de Guido, apoyando a éste Felipe y a aquél Ricardo, y aun cuando cada uno de ellos intentó poner cuantos obstáculos pudo a su adversario, y todo el campo hervía en disensiones y rencillas, a despecho de tales contratiempos, y gracias principalmente a las proezas de Ricardo, la plaza de San Juan de Acre fué tomada. Suscitáronse entonces acres discusiones entre el rey Ricardo y el astuto monarca francés, y también el duque Leopoldo de Austria, a quien Ricardo trataba con manifiesto desprecio, que más tarde, por cierto, hubo de pagar muy caro. Despues de la caída de San Juan de Acre, Felipe Leopoldo y otros muchos, creyendo que habían cumplido el voto de cruzados, volviéronse a su patria: pero Ricardo no imitó su ejemplo porque estaba ansioso de reconquistar a Jerusalén.

No había de llegar a conseguirse esto, por cuanto el ejército de los cruzados era a la sazón muy pequeño, mientras que las huestes de Saladino alcanzaban un número muchas veces mayor. Por eso, aunque el rey de Inglaterra marchó contra Jerusalén, conoció que sus intentos eran vanos: y así, al llegar a la vista de la ciudad, ocultó su rostro como indigno de mirar lo que no podía rescatar, y retrocedió. Con todo, llevó a cabo tales hazañas en cuantos combates

libró con los sarracenos, que obtuvo de Saladino una tregua solicitada por él en la confianza de poder volver y pelear por el Santo Sepulcro.

RICARDO ES MUERTO POR UNA SAETA Y LOS CRUZADOS SALEN DE NUEVO

Más aun esto le fué negado, porque, viajando solo de regreso a Inglaterra, cayó en manos de su enemigo Leopoldo de Austria, quien lo tuvo prisionero largo tiempo y sólo consintió en su rescate por un precio muy alzado. Poco despues murió de un saetazo en una escaramuza.

La historia conserva el recuerdo del gran aprecio con que mutuamente se trataban este valeroso monarca y el sultán Saladino, y nos dice que durante muchos años las madres musulmanas asustaban a sus hijos traviesos, con el nombre de Ricardo *Corazón de León.*

No habían pasado aún cien años desde que Godofredo Bouillón y los primeros cruzados libertaron a Jerusalén del poder de los turcos y fundaron el Reino Latino, cuando Saladino lo destruyó por completo, si bién había de sobrevivirle el nombre. Y durante cien años más continuaron de cuando en cuando emprendiéndose nuevas cruzadas, aunque por no haberse unido nunca sinceramente los príncipes cristianos, siguieron los musulmanes siendo dueños de Jerusalén, que ya no pudo ser reconquistada por la cristiandad.

Nada de notable hay que decir de las Cruzadas cuarta y quinta, si no es que esta última, aunque enderezada como todas contra los infieles, vino a asestar sus golpes de rechazo contra el imperio cristiano de Bizancio.



El sultán Saladino fué el gran campeón de los sarracenos contra la cristiandad. No sólo era guerrero valiente, sino hombre caballeroso y noble: y tuvo en tal aprecio al rey Ricardo *Corazón de León*, que aun cuando le derrotó, le suplicó que fuese a verle y le concedió una tregua. El grabado representa su entrevista.

LASTIMOSA HISTORIA DE LA CRUZADA DE NIÑOS

Otra cosa nos refiere la historia de las Cruzadas, que no pertenece en realidad a nuestro libro de hombres y mujeres célebres, pues habla de una muchedumbre de niños a quienes se permitió emprender una cruzada abandonándolos a sus propios recursos. Forzoso es suponer que sus padres los dejaron ir porque creyeron que Dios obraría un milagro en su favor: pero la Sagrada Escritura y los santos nos enseñan que,

si alguien comete una imprudencia, Dios no hará un milagro para librarle de los efectos desastrosos de su locura. Como quiera que sea, fué extraordinario el número de niños a quienes se permitió reunirse en Francia y atravesar el mar para ir a Tierra Santa. De los treinta mil niños reunidos, diez mil se extraviaron antes de llegar al mar, y nadie sabe si de este número volvió alguno a su casa. Cuando los demás llegaron a la playa, creyeron los infelices que Dios mandaría retroceder las aguas para que pudiesen hacer el viaje a la Palestina a pie enjuto, a la manera que pasaron el Mar Rojo los hijos de Israel. Y sucedió,



RICARDO CORAZÓN DE LEÓN

BERENGUELA, SU ESPOSA

que mientras aguardaban con esta vana esperanza, hubo hombres desalmados que, viendo su situación, les dijeron: « Os llevaremos en nuestros buques, no por dinero sino por amor a la Santa Cruz: embarcad todos los que quepáis ». Y embarcaron como unos cinco mil de ellos. Hiciéronse a la vela gozosísimos, pero, cuando hubieron cruzado el mar, aquellos malvados los llevaron a los mercados de esclavos de los turcos y los vendieron.

A nueve asciende el número de las Cruzadas, y aunque en ellas tomaron la cruz muchos hombres célebres, tales como el emperador aleman Federico II, y el príncipe inglés Eduardo, que más tarde fué rey y se llamó Eduardo I, parece, sin embargo, que sólo uno pensó en la Tierra Santa con acendrada fe y pureza de sentimientos y peleó con denuedo por la gloria de Dios. Fué Luis IX, rey de Francia, que mereció el calificativo de Santo, porque, habiendo demostrado ser uno de los mejores reyes de su país, y ganado tal reputación de sabio y virtuoso que aun de lejanas tierras acudía la gente a someterse a su juicio y oir el fallo de su justicia, dejó su reino obedeciendo a lo que él creyó llamamiento divino.

Mas, dada su sencillez de ánimo, también él estaba condenado a fracasar en la empresa, ya por los celos y rencillas entre los jefes, ya porque Luis carecía de las dotes de un gran general. Y así sucedió que, al fin, cuando el ejército estaba ya casi destrozado, cayó sobre él un gran número de sarracenos, quienes lo vencieron, a pesar del valor con que lucharon el mismo rey y otros muchos de sus caballeros. San Luis fué hecho prisionero, y puesto en libertad a costa de una gran suma. De todos los que tomaron parte en las Cruzadas, Ricardo *Corazón de León* alcanzó mayor nombradía por sus proezas en las batallas: pero los nombres más dignos de ser honrados fueron los de Godofredo de Bouillón y Luis de Francia.